

Nº 5 - NOVIEMBRE 2020

ULRICA

LIBROS Y LITERATURA

ELENA PADÍN
Secretos anticuarios

**LIBROS
COLECCIONABLES**

Una mirada sobre el
mundo de los bibliófilos

**PERFILES
ALFRED
JARRY**

NARRATIVA
por Ana Catania

También: Poesía de Fernando Sánchez Sorondo - Clásicos y mucho más...

SUSCRIBITE
GRATIS
HACIENDO
CLICK
AQUÍ





Libros y literatura

A MODO DE EDITORIAL

Esenciales

Nadie ignora que los libros son inherentes a la cultura. No hay persona que no responda, casi automáticamente, que los libros son esenciales para educar y transformar la realidad. En otra oportunidad ya hemos hablado de la importancia de las editoriales y todos los trabajadores que hay detrás de un libro. Pero para que ese libro, ese producto del trabajo y las esperanzas de muchos, llegue al lector hay, casi siempre, un intermediario: la librería.

Si la crisis del mundo editorial también ha repercutido en los negocios que venden libros, imaginemos lo que fue para ellos la producida por el COVID-19. Este 2020 las cifras son alarmantes. El sector ha registrado bajas en las ventas desde marzo (inicio de las medidas de aislamiento), que en algunos casos han llegado al 70%. Obviamente las más perjudicadas son las librerías independientes.

El librero no es sólo un intermediario en una cadena de consumo. No es como en otros rubros. El librero y el lector, casi es un cliché decirlo, forjan relaciones y comunidad. Todo lector más o menos consuetudinario tiene su librero de cabecera. Ese al que recurre para recomendaciones, al que le da prioridad a la hora de hacer la compra de un librito o, simplemente, para conversar sobre tal o cual autor. Ese intercambio es parte de la cultura del libro. Los libros tienen esa particular cualidad de establecer vínculos entre las personas.

Este 2020 amenaza a nuestros libreros. La cíclica crisis económica en Argentina hace mermar los ingresos y aumentar impuestos y gastos. Se ha agravado aún más por la pandemia mundial. Estar cerrados pero pagar sueldos, alquileres y todo tipo de tributos ha llevado al cierre a varias. Las próximas medidas gubernamentales tendientes a quitarles ciertos subsidios paliativos, no hace más que empeorar la situación.

Tal vez, uno de los motivos, es que se olvida que la librería es tan esencial a la cultura como el libro.



CONTENIDO

Pág. 4: Novedad editorial

Una publicación que nos acerca a dos grandes mujeres de la cultura.

Pág. 6: Librero por un día

José Luis Romero es el invitado especial de este mes. ¡No te lo pierdas !

Pág. 8: Clásico

Una de las novelas más emblemáticas de **Alexandr Pushkin**.

Pág. 10: Elena Padín

Una charla exclusiva con la fundadora de **Helena de Buenos Aires**.

Pág. 16: Nota de tapa

Libros coleccionables: más allá del romanticismo.

Pág. 22: Cuando el candado se rompe

Una recomendación especial de **Delfi**, nuestra librería de cabecera.

Pág. 23: Cinéfila

Una nueva sección junto a **Lucía Osorio**.

Pág. 24: Alfred Jarry

Walter Romero con un perfil imperdible del escritor francés.

Pág. 26: Poesía

Este mes nos deleitamos con **Fernando Sánchez Sorondo**.

Pág. 30: Narrativa

Lydia Davis un yo, una viernes de junio de 2005, por **Ana Catania**.

Pág. 36: Artista visual del mes

La obra que ilustró nuestra portada, en todo su esplendor.



«Vivir sin leer es peligroso, obliga a conformarse con la vida.»

Plataforma - Michel Houellebecq

Staff

Dirección:

Juan Francisco Baroffio

@queremoslibros

Edición:

Gisela Paggi

@bibliogigix

Colaboradoras principales:

Delfina Migueltorena

@cronicasdesal

Lucía Osorio

@bibliotacora

E-mail:

ulrica.revista@gmail.com

Web:

www.ulricarevista.com

Colaboraron en este número

José Brasesco

Ana Catania

Fernando García Ramírez

Elena Padín

José Luis Romero

Walter Romero

Fernando Sánchez Sorondo

Nuestros amigos

Esta revista ve la luz, en parte, gracias a la generosidad de los artistas y autores que comparten sus creaciones, sin percibir un justo honorario, para que lleguemos a más lectores. También, contamos con la cooperación de amigos de librerías y editoriales que ayudan a mantener viva la cultura del libro. Haciendo click en sus publicidades podrás ver más de su trabajo y ponerte en contacto.



SEGUINOS



**Conocé nuestra página
haciendo click**

Correspondencia de Victoria Ocampo y Virginia Woolf

Por Juan Francisco Baroffio

Victoria Ocampo es, sin dudas, una de las mentes más brillantes que ha dado el suelo argentino. Mujer visionaria, comprometida con la cultura y la libertad y transgresora de las normas sociales y morales absurdas. Artífice de una verdadera promoción cultural dentro y fuera del país, a ella y a la revista *Sur* le deben mucho los escritores hispanoamericanos. Ya sea cuando se los dio a conocer a otras latitudes o cuando acercó a ellos las brillantes traducciones al castellano de los grandes escritores contemporáneos como Joyce, Michaux, Greene, Camus, Huxley. También de su admirada **Virginia Woolf**.

Desde hace algunos años la Fundación Sur, guardiana del patrimonio cultural de Victoria Ocampo, ha confiado en las editoriales independientes para preservar y reeditar su obra. Las editoriales independientes, siempre tan entusiastas por el rescate de textos que interpelan a los lectores contemporáneos, han respondido con cuidadas y hermosas ediciones. Tal es el caso de la correspondencia entre Victoria Ocampo y Virginia Woolf, que hoy edita **Rara avis** con traducciones muy meritorias de Virginia Higia y Juan José Negri.

Es para destacar el trabajo introductorio de Manuela Barral. La joven estudiosa de la vida y legado de Ocampo nos guía en el extraño encuentro con Woolf, a quienes unía la literatura y su vocación de mejorar la vida de las mujeres.

En el intercambio epistolar, el que conservó celosamente Victoria (aunque también se encargó de quemar algunas cartas), conocemos los pormenores de sus encuentros y algunas de sus charlas. También sobre el interés de Victoria por traducir y editar *Un cuarto propio*, lo que haría en 1932 con traducción de Jorge Luis Borges.

Más interesante aún es **Virginia Woolf en su diario**, el breve ensayo biográfico sobre la escritora londinense que escribió la argentina en 1954 y que completa la publicación de *Rara avis*.

Formidable memorista y ensayista, Victoria tiene la particular facilidad y virtud de adentrarse en el



propio espíritu de la persona a la que estudia. Sus ensayos biográficos no son un manejo taxativo de fechas y hechos. En su escrito sobre Virginia Woolf nos da las pautas para una mejor interpretación de su vida, su pensamiento y su obra. La interacción profunda y compleja de estos elementos en la vida de cualquier persona nos es presentada por Victoria en forma sutil y amena, con su prosa bellamente construida. Ya había sido con otro compatriota de la autora de *Orlando*, con quien se inició en este campo ensayístico. Con el casi mítico T. E. Lawrence (Lawrence de Arabia como lo inmortalizó la cultura popular), ensayó sus primeras armas y publicó *338171 T.E.* en 1942. En esta obra breve expresa una convicción filosófica que atravesará toda su producción: *«El poeta dice "yo" en cada verso. El novelista dice "yo" ocultándose detrás de sus personajes; el filósofo, detrás de sus teorías; el crítico detrás de cada juicio objetivo. Y nada de esto tendría interés si fuese de otro modo»*.

La Virginia Woolf que nos presenta Ocampo es la de la totalidad de un complejo arcano de mente, cuerpo y espíritu. Su obra nos resulta, entonces, clarificada y revitalizada por la interpretación de la intelectual argentina. Victoria no oculta su admiración y comunión personal con Virginia. No pretende posicionarse en la distancia del erudito que aborda a su objeto de estudio con la frialdad de la objetividad. Y en esto radica su principal valor. La admiración personal hace que, como si se tratara de una suerte de espejo, también veamos y comprendamos mejor a Victoria. ■

crackup

editorial.crackup

@edcrackup

Editorial Crack-Up

@edcrackup



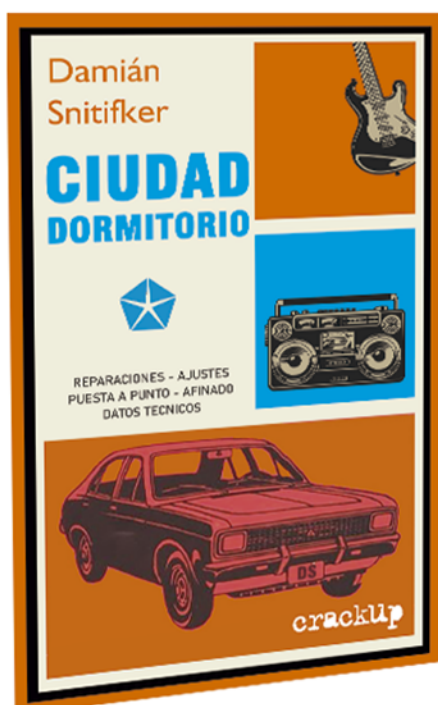
crackup

editorial.crackup

@edcrackup

Editorial Crack-Up

@edcrackup



En Ciudad Dormitorio, con una prosa fluida y potente al mismo tiempo, Damián Snitfker le da vida a una serie de personajes que no necesitarían estar en una novela para existir y que justamente por eso resultan tan entrañables, interesantes y profundos en su aparente sencillez.

Ignacio Molina

CIUDAD DORMITORIO de Damián Snitfker

PREVENTA 20% off
del 12 al 20 de noviembre

Link en la bio de IG editorial.crackup o escanear el código QR



SCAN ME

José Luis Romero, invitado especial, nos trae una recomendación imperdible.

El sonido de un tren en la noche

Debe ser que una vez que te enganchas a una novela, vuelves a hablar de ella, la recomiendas y pasa a formar parte tuya. Un conjunto de extremidades a las que sabes que puede recurrir cuando las necesitas. El estreno con **Laura Riñón Sirera** fue con *Amapolas en Octubre*, publicado por **Tres Hermanas**. Allí ya da pinceladas de los temas que la perturban. Mujeres fuertes que tienen que tomar decisiones, relaciones familiares y literatura. Con esta premisa difícil que no quieras seguir leyéndola.

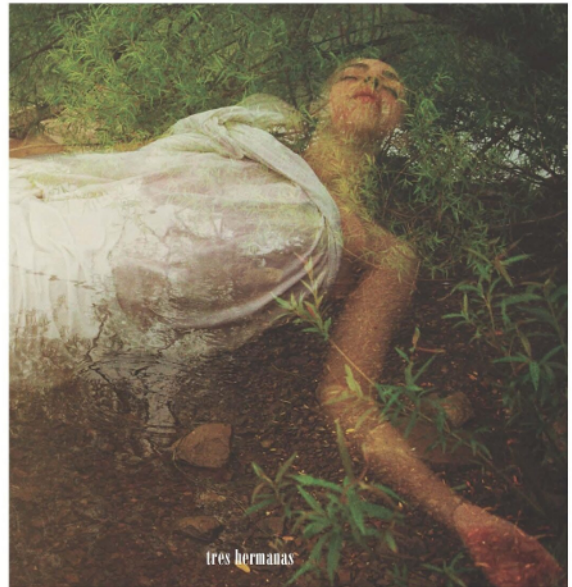
Llegamos a ***El sonido de un tren en la noche*** publicado este año también por la editorial Tres Hermanas para contarnos que se necesitan segundas veces, terceras partes, y muchos intentos para volver a empezar. Hay una historia detrás de cada huida y esta es una de ellas. De entrada no debería pasar. Viene de buena familia, sin penurias económicas y buen *status* social ¿Qué puede fallar, si no es todo? Joven madrileña de buena cuna empieza otra vida lejos de los suyos junto a su tío Jack. Al otro lado del charco, en donde no paras de oír que se cumplen los sueños.

A veces nos repetimos a nosotros mismo lo que queremos oír, hasta que se convierte en un mantra. «Era lo que mis padres querían». Allí conocerá nuevas personas, se reinventará y tendrá nuevos intereses. Ocurre que en cuanto alguien se convierte en apatriado no deja de estar pendiente de la otra orilla, desde la que busca al fondo del horizonte. Un verso de Lorca la vuelve a su niñez, quizás fue este: «Tengo pena de ser en esta orilla/tronco sin ramas; y lo que más siento/ es no tener la flor, pulpa o arcilla/ para el gusano de mi sufrimiento».

Porque lejos, tampoco se encuentra, solo busca entender el pasado, mirar al futuro y seguir adelante. Como todos. Hay veces que las abuelas, sentadas, rezagadas, formando conjunto con una vieja mecedora, ya saben que el destino no tiene nada especial guardado para ti. Todas las huidas terminan igual, buscándonos. Ya lo dice la abuela:

LAURA RIÑÓN SIRERA

El sonido de un tren en la noche



«lo que no llore ahora, lo llorará cuando sea mayor». Ojalá todo sea eso, llorar. No siempre hay una tierra prometida.

Suena Sinatra, mientras intercambia miradas; un cuadro de Hopper donde nadie parece necesitar dormir. Pero allí, donde te prometen felicidad, las dificultades van a ser las mismas. Las partes que necesites, que el viaje no termina, a la tercera, a la cuarta, a la que pidas, volverás a aparecer. Aunque no sea para siempre. Y necesites más partes. La salvación es huir, otra vez. Las salvaciones son volver a empezar. Eso es lo que me queda, que las decisiones que tomamos son los que nos hacen valientes. Después de hablar de esta lectura a mí me surgen dos deudas. La primera, buscar su libro de relatos *Dueño de su destino* y, la otra, visitar su librería, charlar, que pasen las horas y volver a casa con un montón de libros recomendados por ella. Visto lo visto, no sé cuál me va a costar más. Esperaré la salvación. ■

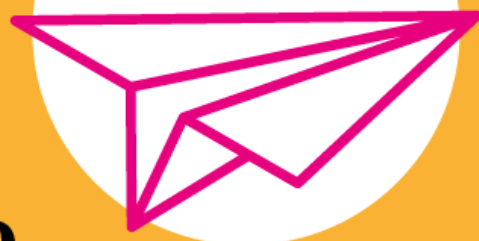
(Córdoba – España). Nació en 1977. Licenciado y doctorando en Educación (Universidad Autónoma de Madrid). Ejerce como profesor de Inglés. Lector voraz, colabora con diferentes medios de comunicación (Radio Nacional de España, El Correo Gallego y otros) y revistas literarias (Letras en Vena, entre otras) hablando de libros. Su primera novela está en camino de ser publicada. Como bookstagramer pueden seguirlo en @icarobooks

HISTORIA

TODO ES

Regale y
regálese la
suscripción a
su revista favorita...

*al lector
sin escalas*



www.todoeshistoria.com.ar

СОВРЕМЕННОСТЬ,

ЛИТЕРАТУРНЫЙ ЖУРНАЛЪ,

ИЗДАВАЕМЫЙ

АЛЕКСАНДРОМЪ ПУШКИНЫМЪ.

ТОМЪ ЧЕТВЕРТЫЙ.

САНКТ-ПЕТЕРБУРГЪ.

ВЪ ГУТЕНБЕРГОВОЙ ТИПОГРАФИИ.

1836.

clásico

LA LITERATURA COMO OSADÍA

Por Gisela Paggi
@bibliogigix

Alexandr Pushkin escribió en uno de sus poemas: «Y seré por el pueblo querido en toda edad. Por despertar los buenos sentimientos dormidos. Porque en mi cruel siglo canté a la Libertad. Porque imploré clemencia por todos los caídos». En los pocos pero vertiginosos 37 años que vivió, se convirtió en el primer amor de Rusia por la literatura, allanó el camino para sus sucesores en lo que fue el Siglo de Oro de las letras rusas y convirtió su vida y su muerte en una leyenda donde el amor, las pasiones y los vicios se conjugan con el deseo de libertad de un pueblo largamente sometido. A eso le cantó Pushkin. El padre fundador de la literatura rusa. Y todas esas vertientes se ven convertirse en un río en una obra de su madurez: **La hija del capitán**. Una novela histórica (porque la concibió en 1836 como una ficcionalización de la Rebelión de Pugachov sucedida unos 60 años) donde el amor es puesto a prueba según los idearios del Romanticismo que el poeta admiró intensamente. Pero más que una historia de amor, vemos en ella el germen que ya se vislumbraba en una Rusia que se encaminaba, de forma irremediable, hacia el estallido de la Revolución Rusa. Tierra convulsionada, violenta, sanguinaria, que empieza a mostrar los signos del cansancio en su rostro ante el régimen zarista. Pushkin soñaba con transiciones pacifistas, limpias, que dejaran de sumar muertos en un pueblo asolado por la hambruna y las enfermedades producto de un despotismo que los colocaba casi en un feudalismo medieval.

Alexandr Pushkin representa el arquetipo del poeta romántico: su vida liberal e impetuosa, la profunda emotividad de su escritura, su compromiso ideológico y las trágicas condiciones de su muerte hacen que su figura se alce como la de un poeta paradigmático, casi una iconografía. Pero fue, ante todo, lector. Formado en las letras a temprana edad, revolucionó la literatura de su país con una osadía: escribir en lengua vernácula y no en francés, como se estilaba en la época. Con este aparentemente simple acto, Pushkin levantó las fronteras que existían entre el pueblo ruso y la literatura. En su obra reconocemos una profunda conciencia de clase que lo llevó a enfrentarse al poder

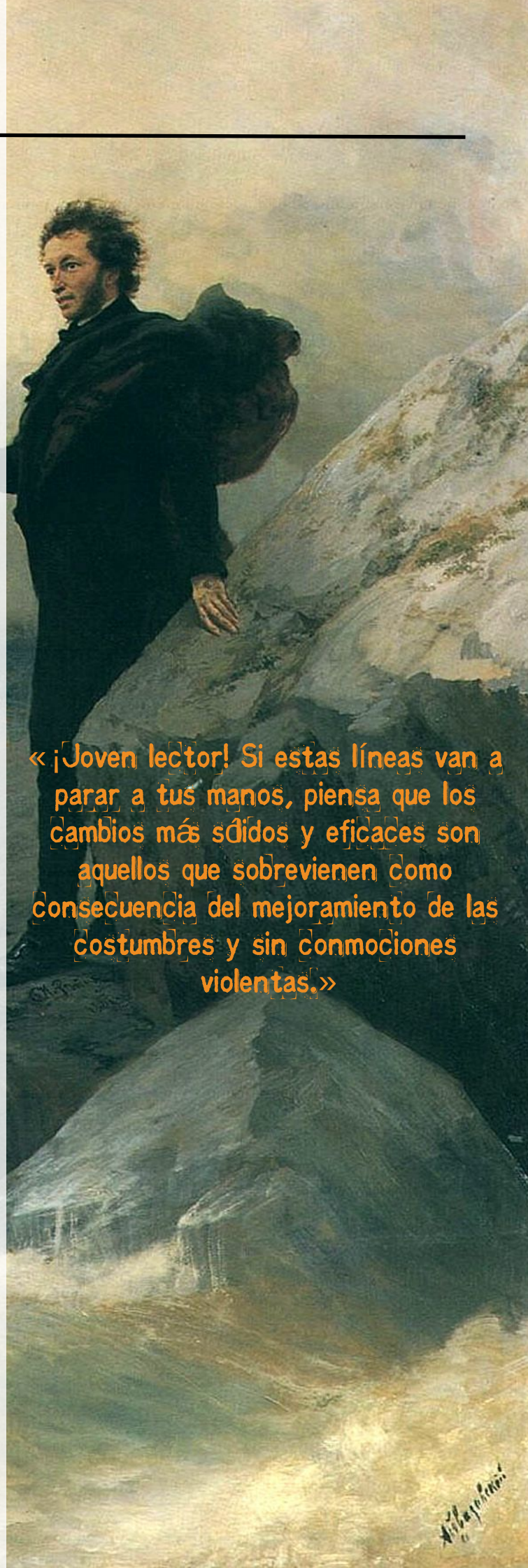
La hija del capitán de Alexandr Pushkin

Esta novela ambientada en las profundidades rusas, fue publicada por entregas. Su primer capítulo apareció en el cuarto volumen de la revista literaria **Contemporáneo** (fundada por el autor), en 1836.

zarista y sufrir las consecuencias. Fue encarcelado, perseguido y condenado al destierro. Con el estallido de la rebelión de los decembristas, cuyos insurgentes llevaban en sus manos los primeros poemas políticos del autor, su obra cayó bajo un estricto control y perdió la posibilidad de publicar libremente. Con la muerte de Alejandro I y el nuevo gobierno de Nicolás I, adquiere cierta protección y alcanza una fama inigualable. Acostumbrado a una vida de seducciones, juegos y peligros, Pushkin muere en un duelo confuso defendiendo el honor de una mujer: su esposa, Natalia Goncharova. Su muerte lo convirtió en una leyenda. Luego de una vida desordenada, aunque típica de los nobles jóvenes de la época, la obra del poeta es alzada como aquella de carácter cardinal en el desarrollo de las letras rusas.

La magia de Pushkin sucede en la conjugación que realiza de la prosa y la poesía. Ambas entran en contacto en toda su obra y permite un híbrido curioso que influirá profundamente en los grandes escritores posteriores de la literatura rusa. La experimentación y la búsqueda de nuevas formas que modernicen las letras, le dieron ese lugar indiscutido dentro de la historia de la literatura rusa, pero más allá también. Admirado en toda Europa por lo lírico de su lenguaje, Pushkin sembró escuela en quien lo leyera.

Toda su obra es variada y multifacética. Cultivador de innumerables géneros, Pushkin logró fascinar a un número variado de lectores y consiguió, en los temas que aborda, la empatía directa con el pueblo ruso. Pushkin habló del sufrimiento de las personas, solapó en sus textos una fuerte denuncia social e introdujo en la literatura el tema sobre la rebelión ante el sistema y las libertades individuales. Logró captar una gran totalidad de vertientes sobre la vida cultural rusa y eso lo transformó en un visionario que pudo ver más allá de los límites que la sociedad zarista había impuesto a su producción escrita. «La hija del capitán» oficia como un buen remate. Son los múltiples intereses del autor colocados en una novela. Su muerte prematura pareciera haber dejado un hueco en la historia de la literatura universal indiscutiblemente consagrada. «No hay felicidad en este mundo, solo paz y libertad», y en ese verso parece resumir la totalidad de su pensamiento y de una obra numerosa e indispensable. ■



«¡Joven lector! Si estas líneas van a parar a tus manos, piensa que los cambios más sólidos y eficaces son aquellos que sobrevienen como consecuencia del mejoramiento de las costumbres y sin conmociones violentas.»

Elena Padín

Guardiana de antiguos secretos

Coleccionista y librera anticuaria, fundó *Helena de Buenos Aires* en 1997. Desde entonces se ha convertido en una de las referentes de los coleccionistas y amantes de los libros. Galardonada en 2019 por el Senado de la Nación por su «*persistente labor a favor del libro y la lectura*» es, hoy por hoy, la única mujer totalmente al frente de una librería anticuaria.



100 AÑOS
AL SERVICIO
DEL PAÍS

1917-1917

BANDO DE ITALIA
ED. DE LA PLATA

**ENTREVISTA
EXCLUSIVA**

«El coleccionista se hace coleccionista porque ama lo que está pretendiendo conseguir al buscar una obra. La posesión de esa obra es lo que lo convierte.»

Elena Padín Olinik te recibe siempre con una sonrisa. No es la sonrisa mecánica del vendedor. Es la del buen anfitrión que recibe visitas en su casa. Y es difícil imaginar un lugar más personal que una librería. Más aún una librería anticuaria en la que la selección del catálogo de libros y objetos que se ofrecen a la venta pasan por un filtro mucho mayor.

La librería **Helena de Buenos Aires** (en Esmeralda 882, CABA) es su casa y es, hoy, un paso obligado para cualquiera que busque una obra o que se deleite con la belleza de los libros. Su catálogo es amplio pero tiene un especial foco en lo criollo, rioplatense y en los relatos de viajeros. Sus estanterías resguardan piezas raras, mapas exquisitos y el libro o impreso difícil que quiere el coleccionista más ávido.

En todo está Elena, la real, la afable y de risa potente. Es de esas personalidades expansivas que parecen llenar las habitaciones en las que se encuentra.

En una oficina de puertas siempre abiertas, en la que no falta un café para los visitantes o un whisky para los amigos, es frecuente encontrar a otros libreros y coleccionistas charlando de la cultura, de los libros, riendo a carcajadas, discutiendo algún

tema de política o de historia. También, hablando de bueyes perdidos. Es que uno allí puede relajarse y sentirse como en casa. Tan así, que cuelgan papelitos con frases célebres dichas en ese recinto.

Coleccionistas extranjeros y nacionales se dan cita para departir con Elena y buscar esa pieza que sus colecciones necesitan. Pero también el que se inicia como bibliófilo, que encuentra un asesoramiento ameno. No es raro encontrarse con investigadores y estudiantes que, ganada la confianza de ella, pueden estudiar tal o cual libro o manuscrito al que sus bolsillos jamás accederían. También llegan los transeuntes curiosos que se sienten atraídos por las vidrieras temáticas que van cambiando periódicamente.

La pandemia del Coronavirus pasará. Pero Helena de Buenos Aires, junto a su capitana, su fiel empleado Renato y sus tres gatos pintorescos seguirán navegando las aguas de un mundo en el que los libros son el tesoro más grande.

Ulrica: Bueno Elena, vamos por el principio: ¿cómo te iniciaste en el mundo de los libros antiguos?

Elena Padín: El comienzo fue en el '97. Yo estaba ►



Las piezas relacionadas al célebre autor argentino son abundantes en la librería. Pero sin dudas, la de mayor atracción es el original de la mítica fotografía de Borges en el hotel parisino donde pasó sus últimos días Oscar Wilde. Obra de la cámara del gran José María «Pepe» Fernández.

casada con un hombre muy afecto a la lectura y que consumía muchos libros. Su proveedor era el «Francés» (se refiere a Justin Piquemal, mítico librero de Buenos Aires), que tenía su librería en la Galería Buenos Aires (Florida y Avenida Córdoba, CABA). Él me invitó a trabajar en su negocio. Yo en ese momento no trabajaba porque tenía a la niña muy pequeña. El «Francés» me esperó y siguió insistiendo. Al final acepté y solo trabajé siete meses. Le dije que quería poner mi propia librería. El ámbito de los libros era un lugar en el que me sentía cómoda y la actividad me parecía un encanto. Así que conseguí un local en la Galería Buenos Aires pegado al de él. Durante bastante tiempo lo seguí ayudando. Antes de él no había tenido conocimiento del mundo del libro antiguo. Nunca había tenido un libro del siglo XVII o del XVIII. Para mí, el comienzo es con el «Francés». Él fue mi apertura y mi maestro en este ámbito.

U: Entonces, ¿cómo te hiciste coleccionista?

EP: *La verdad es que los libros me gustaron toda la vida. Yo era de esas que de chica leía bajo las sábanas con una linterna para no molestar a mi hermana que dormía en el mismo cuarto. Me acuerdo que leía el diccionario enciclopédico*

**«El ojo se entrena,
sobre todo, con los años.»**

Sopena, gigantesco. Me parecía fantástico. Abría en cualquier página y cualquier palabra era una maravilla a los ocho o nueve años. Es un poco cómo me introduzco en el amor a las letras impresas. Como coleccionista, primero con conocimiento muy básico, muy mínimo. A posteriori fui afinando, armando y acrecentando la biblioteca en casa que empezó a rumbar por el ámbito del criollismo, de la gauchesca. Entonces empezó a tener el color del coleccionista en el ámbito de las primeras ediciones o ilustrados buenos, o algún libro firmado. O los raros y difíciles de hallar. Y entonces me hice coleccionista como la mayoría de los libreros. Tenemos un amor tan grande y arraigado con el libro que en un momento te convertís en coleccionista.

U: ¿Cuál creés que es la motivación que lleva a

alguien a convertirse en un coleccionista de libros?

EP: *El coleccionista se hace coleccionista porque ama lo que está pretendiendo conseguir al buscar una obra. La posesión de esa obra es lo que lo convierte.*

U: Por lo que decís, debe ser complicado separar la pasión por los libros (como coleccionista) de la comercial.

EP: *Es muy difícil. Ya sabés qué libros te hacen ruido pero no te sacuden, que no te mueven el piso, que no te hacen cosquillas como los que te interesan, entonces no son tan difíciles de vender. Son por ahí difíciles de tasar o de catalogar o de poner en valor, pero no son tan difíciles de entregar a la persona que viene a comprarlo.*

U: Hace un rato contaste que te inciaste en el rubro sin conocer mucho de él. ¿Cómo se entrena el ojo de un anticuario?

EP: *El ojo se entrena, sobre todo, con los años. Es una cosa que te podrá decir cualquier otro librero. Vas a una biblioteca y te encontrás con una pared con dos mil libros. Inicialmente te apabulla la situación de ver semejante cantidad. Con los años,*



**«La verdad es que los libros
me gustaron toda la vida.»**

cuando te toca esa tarea, con un paneo de cuatro o cinco minutos los libros importantes titilan. Se te muestran solos. Te cuento una historia bastante reciente y bonita: voy a una biblioteca donde el noventa por ciento de los libros eran en alemán y el resto en castellano e inglés. Entonces, no conociendo el idioma alemán, no tenía gran acceso a saber de qué trataban los volúmenes. Sin embargo, con un paneo de pocos minutos, la biblioteca misma te deja ver que ahí está la primera edición de *For Whom the Bells Tolls* (Por quién doblan las campanas, en castellano) de Hemingway. Esto te lo dan los años de haber visto cómo es la tapa, la sobrecubierta, de saber que es un libro de gran valía y que ha marcado un momento en la historia de la literatura. De una gran masa de libros que no podía reconocer, vi una partecita y allí estaba un Hemingway en primera. Esto te lo da la experiencia de años y años de estar mirando todo el tiempo catálogos nacionales e internacionales, de estar viendo qué pasa en las subastas y con los otros libreros. Y estar atenta a saber ciertos detalles de la historia de la literatura universal.

U: ¿Todo libro es coleccionable sólo por el paso del tiempo o requiere de otras características?

EP: No... No todo libro es coleccionable. Para que sea coleccionable debe cumplir con varios requisitos: la importancia del autor; de la obra en su carrera; la edición; la ilustración; la encuadernación, etcétera. Con el momento del mundo en que se edita determinada obra. Hay libros que marcan el movimiento de crecimiento de un escritor dentro de todo su mundo de escritura. Es lo que pasa con Borges y Ficciones. No importa si se tiraron cien mil ejemplares de una obra. Tiene que ver con que el escritor está en su momento más pleno, porque está haciendo un quiebre en su obra o que es rupturista para ese momento. También, en otros casos, influye el arte de tapa. Hay una diversidad de cosas que hacen que un libro sea coleccionable, que se convierta en un libro-objeto. El que compra una primera edición de *Cien años de soledad* no la compra para leerla. Lo hace para atesorarla y la lee de una edición común.

U: Ya que hablamos de qué libros son coleccionables, ¿cuáles son las piezas más

buscadas por los coleccionistas en Argentina?

EP: Los laureles se los lleva Borges. También se busca mucho, en literatura, a Mallea, a Ascasubi, Cortázar, Octavio Paz, Jacobo Fijman, Rubén Darío o Neruda. Bioy Casares también. Fuera de la literatura, la época rosista es muy buscada. La Guerra del Paraguay o lo relacionado con el peronismo, también. En el arte rioplatense Figari, Blanes, Seoane (como una persona que vivió en Argentina en su exilio). El período rosista es muy coleccionable y se busca más a Rosas que a San Martín.

U: Volviendo a tu pasión como coleccionista. ¿Cuál libro fue del que más te costó desprenderse?

EP: No fue un libro, fue un impreso. En una subasta había comprado el bando de búsqueda de Camila O'Gorman y Ladislao Gutiérrez. Una cosa increíble, muy rara. En un estado impecable, lo que es rarísimo porque no era algo que estaba pensado para que perdure. Se pegaba en las paredes de la vía pública para que la gente supiera quiénes eran los prófugos de la ley. Entonces un coleccionista lo había visto en mi casa en mi colección privada. Después de bastante tiempo me dice «Che, Elenita y ese bando que tenías en tu casa, ¿me lo traés para verlo?». «Bueno», le digo y lo traigo a la librería. Me dice «qué lindo, qué lindo». Estaba impecable. Un ejemplar maravilloso. Me pregunta el precio y le digo que no, que era mío y que no estaba a la venta. Me insiste y le digo un precio... Una locura total y me dice: «bueno» y mete la mano en el bolsillo y saca los billetes. Y el cuerpo es débil, viste (risas). Se lo entregué. Al tiempo me di cuenta de la macana que me mandé. Todavía hoy me arrepiento. Quise comprarlo de nuevo y nunca apareció otro.

U: Estás rodeada de maravillas, pero ¿qué pieza fue tu mayor orgullo en la librería?

EP: Hace algunos años tuve en mi poder cartas de Pablo Neruda. La carta más extensa que se haya vendido de él lo hice yo en una subasta en España y el comprador fue el rey Juan Carlos. Se vendió muy bien. Recuerdo una hermosa frase de la carta: «y ahora me toca escribir cartas a mí mismo que los demás llaman poemas». ■

LA NOCHE Y LA LUZ DE LA LUNA

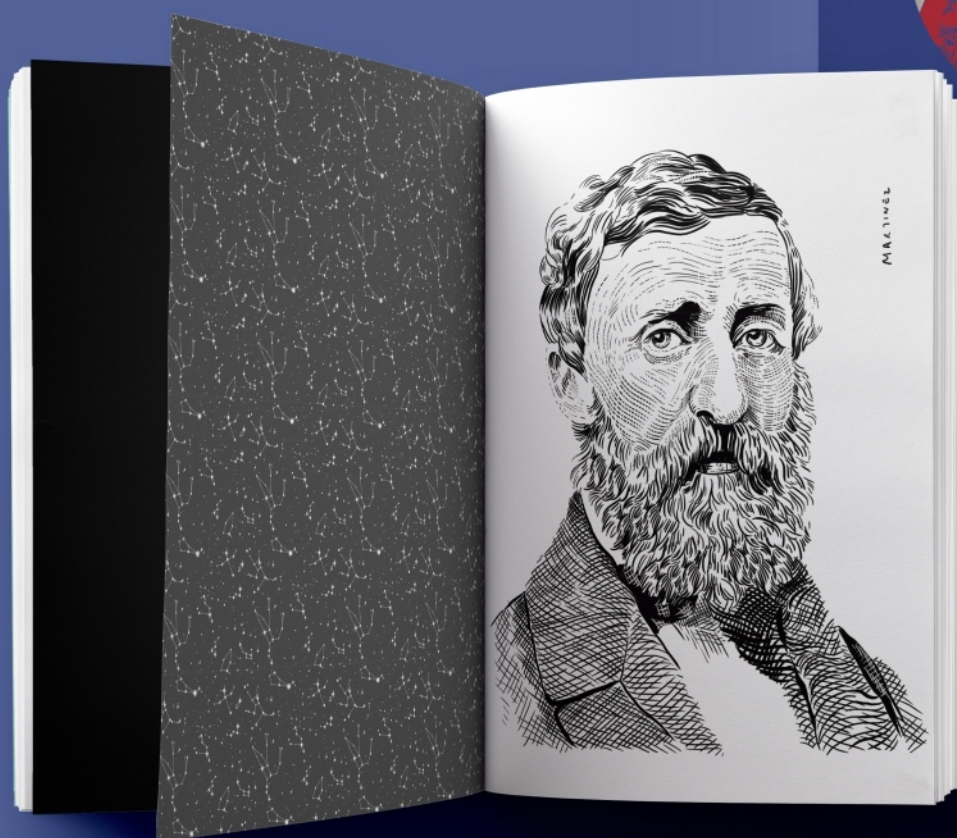
HENRY DAVID
THOREAU

+ INFO ACÁ

\$850 - 192 páginas

Traducción de María Paula Vasile

En tu librería amiga



Buscanos como **edicionesgodot**



LIBROS COLECCIONABLES: MÁS ALLÁ DEL ROMANTICISMO

Por Juan Francisco Baroffio
@queremoslibros

Preservar libros va más allá de una tarea profesional y económica. Para los coleccionistas tener libros es una declaración de amor. Y este mundo tan particular tiene sus detalles, sus pasiones y manías. También lo rodean ciertos mitos. Un artículo para adentrarse en ese mundo y volverse a enamorar del objeto libro.

Hay algo de sublime al entrar en una librería anticuaria. Es un lugar donde no sólo se venden libros. Es un lugar donde se los exhibe y se los aprecia y valora por su conjunto. En una librería que se especializa en la venta de libros antiguos, el autor, el traductor y la fecha de edición se conjugan con su valor estético y, en ocasiones, con los avatares de la vida de ese ejemplar en particular. No es lo mismo que un libro haya pertenecido a un lector anónimo que a una figura célebre. Un libro de tácticas militares del siglo XVIII tiene un valor considerable. Pero si ese ejemplar perteneció, por ejemplo, a Napoleón Bonaparte, su valor se vuelve de otro tipo. Ya no es un libro antiguo. Ahora es una pieza histórica.

Por eso los coleccionistas privados muchas veces se convierten en personas que preservan el patrimonio para la posteridad. Sobre todo en países donde el estado no alcanza a proteger (por falta de recursos o de interés) todo el acervo cultural que se encuentra en el territorio de su jurisdicción. Pero muchas veces esta tarea es inconsciente para el que la lleva a cabo. Para esa persona priman sentimientos antes que razones.

El inicio

Atesorar libros no es algo reciente. Desde que ha habido libros en el formato tradicional aparecieron personas ávidas de tenerlos y conservarlos. «*En los libros encuentro a los muertos cual si siguieran con vida; en los libros puedo entrever el futuro; en los libros se exponen los asuntos de los guerras; los libros establecen las normas para la paz. Con el tiempo, toda la materia se corrompe y decae; Saturno no cesará de devorar a los hijos que engendra. Toda la gloria del mundo estaría sepultada en el olvido si Dios no hubiese otorgado a los mortales el remedio de los libros*». Así se expresaba **Richard de Bury** (1287-1345), monje benedictino inglés, obispo de Durham, primer coleccionista de libros de Inglaterra y considerado el primer bibliófilo. En su obra más famosa **Philobiblon** (1345), habla del amor a los libros. Más aún, es el primer tratado que se refiere a la actividad bibliotecaria y a la preservación, organización y

cuidado de los libros.

Desde esa declaración de amor, la colección de libros se ha vuelto una actividad más frecuente y extendida. Cualquier lector resguarda tal o cual ejemplar añoso que le regaló un abuelo o un libro que leyó en la infancia o en alguna circunstancia

que marcó su vida. El objeto libro pasa a tener un valor simbólico personal. **Patricio Rago** en su libro **Ejemplares únicos** (Bajolaluna, 2019), relata episodios que

ilustran el afecto personalísimo que las personas sienten por ciertos libros. **Alberto Maguel**, que recientemente donó gran parte de su monumental biblioteca a Portugal, ha dedicado numerosos escritos de su profusa obra a plasmar la particular relación de los individuos con los libros. En 2005 publicó **The Library at Night** (*La biblioteca de noche*, en castellano con traducción de Carmen Criado Fernández) en la que encontramos su experiencia personal con la biblioteca.

Coleccionistas

Los coleccionistas imprimen a sus colecciones un valor similar, pero más detallado y profesional. Los detalles son lo importante y no el mero paso de los años. No importa tanto el texto. Un bibliófilo no quiere la primera edición de *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares para leerla y llevarla en la mochila. Para eso se compra una edición moderna. La primera edición, con su sobrecubierta original, será un tesoro resguardado para su deleite. Para llenarse de orgullo y amor al pensar en su biblioteca.

Zubairul Islam, coleccionista y librero anticuario de Toronto (Canadá), cuya librería independiente **That Guy With The Books** comenzó en el mundo digital en 2019 (pueden visitarlo en **@thatguywiththebooks** en Instagram), en charla con Ulrica dice que hay una «*miríada de razones por las que alguien elige comenzar a coleccionar libros raros y antiguos. Algunos coleccionan por el contenido de la obra en sí y por la escasez de ese texto. Otros eligen hacerlo por el mero prestigio de tener un texto tan raro o una primera edición. Otros, simplemente coleccionan sobre la base de*

que el libro debe ser tratado como una obra de arte, el libro como objeto. Ya sea por la encuadernación, las ilustraciones o la obra literaria, existen múltiples razones».

Para **Max Robinson**, un joven empleado de museo y coleccionista de Dorset (Inglaterra), que comparte detalles de su colección en **@theblottedpage** (una variante anticuaria del bookstagrammer tradicional), coleccionar está relacionado a sus estudios. Le cuenta a Ulrica que si bien su familia siempre sintió interés por las antigüedades, él no empezó a coleccionar libros hasta haber cursado un Master en cultura impresa. «*Me atrae el mundo de los libros antiguos debido al elemento de la cultura impresa. No tanto por lo que está escrito en ellos sino más bien por la historia de la publicación y la forma en que se ven como se ven. Me gusta el hecho de que lo que he estudiado me ayuda a apreciar piezas que otros pasan por alto porque no se ven bonitas, como los panfletos baratos de finales del siglo XIX*».

Un fenómeno que se mantiene vivo

En un mundo cada vez más tecnológico y donde lo virtual va ganando terrenos en forma apabullante y en el que, incluso, se cuestiona la vigencia del libro impreso, cabría pensar que el coleccionismo de libros antiguos está en peligro de desaparecer. Sin embargo, las opiniones recogidas por Ulrica parecieran indicar lo contrario.

Bernard J. Shapero, uno de los libreros anticuarios más reconocidos de Londres, fundador y CEO de **Shapero Rare Books**, que en octubre de 2005 pagó más de un millón de libras por el famoso *Atlas Doria* del siglo XVI, opina que «*Las modas cambian y ciertos campos del coleccionismo de libros podrían llegar a ser menos disputados, pero hay un número mayor de personas interesadas en los libros raros. Los coleccionistas más jóvenes usualmente se interesan en autores del siglo XX como Ian Fleming o J. K. Rowling, pero los clásicos siguen siendo populares*».

Coleccionar tiene mucho que ver con lo emocional. Nadie está obligado a hacerlo. Naturalmente escapa de los dictados puros de la razón. Las pasiones no siempre corren tras las modas. Zubairul Islam cree que en este momento hay cierta popularidad por el coleccionismo de antigüedades y de libros. «*Gracias a la información que se intercambia tan fácilmente por internet y a shows televisivos como Pawn Stars—“El precio de la historia”, en Latinoamérica y “La casa de empeños” en España—creo que el interés por los libros antiguos en verdad se ha acrecentado, aunque el número de coleccionistas no se ha incrementado* ▶



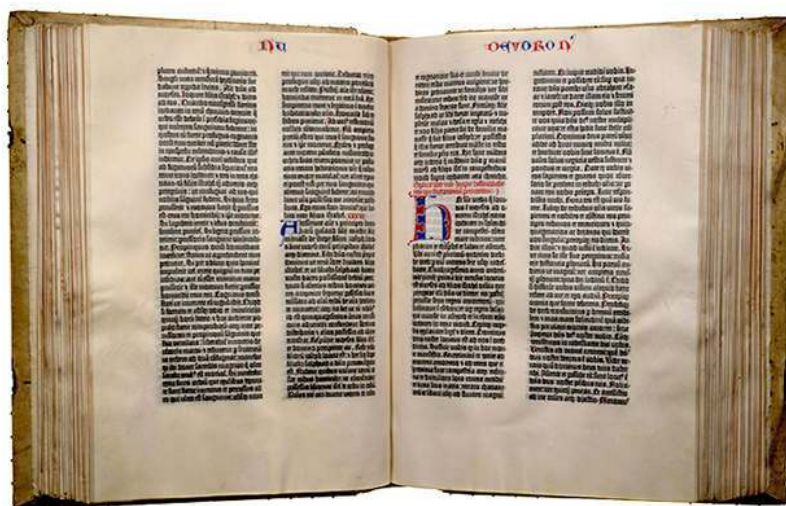
De Bury, Manguel, Halfon y Rago. Escritores que dejaron constancia del amor por los libros.

dramáticamente».

No todos son optimistas con respecto a este renovado interés. En tiempos donde lo material y económico tiene un valor superlativo, algunos sienten que el mayor interés por los libros antiguos se limita a las posibilidades de reventa. Max

Robinson cree que esta situación de especulación hace que los precios crezcan a los fines de obtener mayores ganancias y por ende que los libros solo sean considerados como valiosos dependiendo de cuánto se ha pagado por ellos. «Creo que es triste para el mundo de los coleccionistas de libros antiguos, que solía ser puro y lleno de expertos entusiastas que podían comprender el valor de los libros más allá de cuánto había pagado alguien».

Para cambiar el foco de discusión, nuestras nuevas realidades tecnológicas pueden encerrar un beneficio que los amantes y coleccionistas de libros tal vez no han tenido en cuenta. Sobre este punto nos llama la atención **Rhiannon Knol**, especialista en la sección de libros raros de la famosa casa de subastas **Christies'** en New York (pueden ver algunas de las piezas con las que trabaja en [@liber.librum.aperit](https://www.liber.librum.aperit.com)). «A pesar de las quejas y la preocupación con respecto al e-book, de verdad creo que incrementan el interés de la gente por los libros antiguos. Si los libros impresos, físicos, son raros se vuelven más especiales. Mucho de lo que los e-books están reemplazando, creo, son los bestsellers en rústica que frecuentemente terminan reciclados o tirados por ahí. Al mismo tiempo, internet hace que coleccionar libros sea más accesible que nunca, bajando los precios e incluso haciendo que la información sobre los libros sea mucho más sencilla de encontrar y aprender». Y agrega que las personas, ya sean coleccionistas expertos o estudiantes o público totalmente inexperto, cuando muestra libros antiguos como parte de su trabajo, «siempre se



Biblia de Gutenberg.

quedan maravillados y encantados. Solemos pensar en los libros como objetos cotidianos, caseros, pero observar de cerca un libro antiguo puede transformar nuestra relación con ellos, incluso con los libros “de todos los días” que tenemos en nuestras vidas».

Cualquiera puede ser coleccionista

Tal vez lo primero que se viene a la cabeza de alguien cuando piensa en un coleccionista de libros, es una lujosa mansión o palacete, una gran biblioteca de lustrosa y brillante madera y armaduras y obras de arte en las paredes. No se puede ignorar que hay piezas de colección que exceden en mucho a los ingresos promedios de la población de cualquier país. Una copia de un libro como *The First Folio*, impreso en 1623, la primera recopilación y publicación de las obras de Shakespeare según sus manuscritos originales, tiene un valor estimado en quinientas mil libras. Es evidente, como en cualquier otro campo de la vida cotidiana, en que una mejor posición económica facilita la adquisición de bienes. Sin embargo, hoy la oferta de libros antiguos y coleccionables es mucho mayor.

Antes de la proliferación de las plataformas de ventas y subastason-line, había que recurrir a lugares especializados para adquirir los libros raros. Por otro lado, ellos solían ser los únicos en comprar libros para reventa. Hoy, cualquiera puede dilapidar la biblioteca de sus antepasados en internet.

Una copia de un libro que se subasta en una casa de remates de renombre por varios cientos e incluso miles de dólares (en general es la moneda de cotización de estas piezas), puede aparecer por una fracción de su valor en una publicación de una plataforma de e-commerce. No siempre se debe a la ligereza del vendedor. En ocasiones tiene que ver con la necesidad de vender volumen, otras para hacer lugar y sacarse de encima objetos que se

heredan y por los que no se siente ningún interés. Las necesidades económicas a corto plazo también son un factor que puede influir en la venta a precios por demás accesibles.

«Coleccionar libros antiguos puede ser disfrutado por cualquiera, sin importar su status en la vida. De hecho, como alguien con un trabajo de medio tiempo, he podido amasar una variedad bastante importante de obras a pesar de pertenecer a un grupo de ingresos medio», nos dice Zubairul Islam. Él es uno de los que han optado por la venta de su catálogo a través de internet y redes sociales, con propuestas que tienen en cuenta a los jóvenes coleccionistas que suelen ser los de menores ingresos.

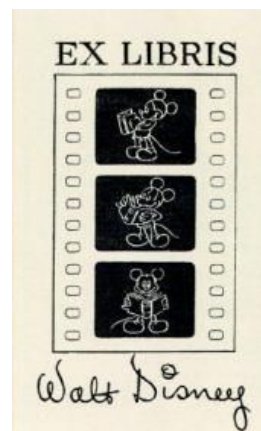
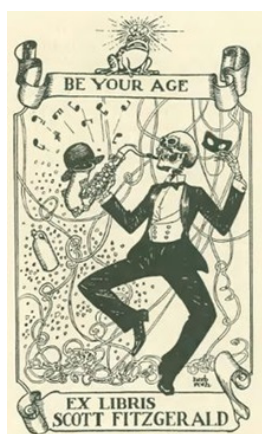
Sobre este aspecto económico del coleccionismo, Rhiannon Knol, nos recuerda que los libros pertenecen a un rango pecuniario mucho menor al de otros objetos coleccionables: *«Si mirás la lista de los libros impresos más caros en una subasta, aunque hay algunos realmente caros, es cambio de bolsillo comparado con muchos otros campos del coleccionismo como, por ejemplo, el del arte contemporáneo. Ese es el punto más, más alto. Los humanos han escrito e impreso por miles de años y hay toneladas de material ahí fuera esperando ser apreciado y descubierto por la persona correcta. Muchas colecciones de libros contienen un mix de precios, con muy pocos en rangos altos que han sido buscados y planeados con especial atención, y muchos de valores medios y bajos que redondean la colección y a los que el coleccionista les da una nueva y excitante perspectiva».*

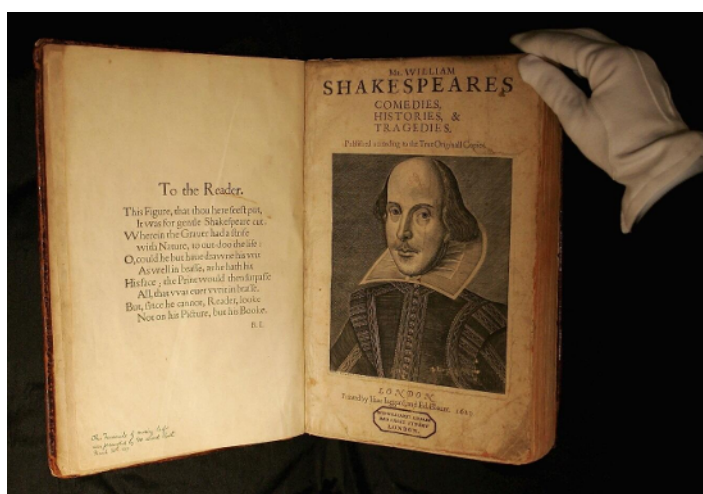
Otro punto en el que suelen hacer hincapié todos los consultados por esta publicación, es que un

coleccionista es alguien que está atento y a la búsqueda. **Roberto Cataldo**, famoso librero anticuario uruguayo y fundador de **El Galeón** (Montevideo), nos habla de otras alternativas a las que suelen recurrir los bibliófilos cuando salen de «cacería». *«Por supuesto que si uno tiene un buen poder adquisitivo, muchas cosas se simplifican, pero no creo que sea una situación limitante del coleccionista. Hay formas de "hacerse de piezas" importantes, buscando otras variantes. La constancia y perseverancia son dos aptitudes para lograr llegar a encontrar la obra difícil, en el lugar menos esperado. Aquí, en Montevideo, hay mucha gente que recorre las ferias vecinales: Tristán Narvaja, Piedras Blancas, La Teja, Colón, etc. Otros recorren las librerías de "usados" y de "textos" y a veces se encuentran con libros importantes "entreverados" con el resto. La virtud es estar atento permanentemente y con las "antenas paradas" para lograr el objetivo».* Bernard Shapero agrega: *«Hay tesoros a encontrar por aquellos coleccionistas con el conocimiento y la pasión para buscarlos».*

En países como la Argentina, los anticuarios suelen tener precios para todos. Librerías como **Helena de Buenos Aires** (a cuya librería entrevistamos en este número), **La Teatral** (fundada por Javier Moscarola), **Librería El Escondite** (de Pablo Cohen), **El Ventanal** en Mar del Plata (de Marcelo Di Luciano) o **Juan Roldán** de Córdoba, sólo por nombrar algunas, tienen catálogos con piezas de todos los rangos. Además de la faz comercial que encierra toda venta de libros, también hay una filosofía de que el libro no solo es coleccionable por su valor económico. Y aunque pueda sonar un tanto idealizado, la relación

Ex-libris: algunos ejemplos de importantes coleccionistas de las letras y el cine.





First Folio.

afectuosa que se forma con los libreros también facilita las cosas para los coleccionistas. No son raros los casos en que el entusiasmo y amor por los libros del librero y del coleccionista logra regateos de lo más amigables.

Eventos

Tal vez no resultan multitudinarias, pero las ferias de libreros anticuarios están presentes en ciudades de todo el mundo. En New York encontraremos la que más volumen maneja en terminos económicos; Paris es la que la crítica considera la más sofisticada, pero la de Frankfurt es la más tradicional. Otras ferias que convocan a importantes libreros y coleccionistas son las de Boston y New Orleans.

Famosa y moderna es **Firsts**, la feria de libros raros y antiguos de Londres, organizada por la Antiquarian Booksellers' Association (ABA) con los auspicios de la International League of Antiquarian Booksellers (ILAB). Un evento que reúne a los más importantes libreros anticuarios de Gran Bretaña (participan también algunos de Francia), en la que el visitante puede deleitarse con manuscritos de figuras célebres de la historia como la Reina Victoria o Napoleón y de grandes escritores, como así también primeras ediciones, rarezas, libros anteriores a la imprenta de Gutemberg y obras firmadas. Cada año convoca a público de lo más diverso. En 2019 el orador que inauguró la feria fue el aclamado actor y también bibliófilo Stephen Fry. Este año, también se mudó a lo digital.

En Argentina la **Asociación de Libreros Anticuarios de Argentina** (ALADA), actualmente dirigida por el librero **Lucio Aquilanti** (de la

librería **Aquilanti & Fernández Blanco**), organizan todos los años la **Feria del Libro Antiguo de Buenos Aires**, que es la única de Sudamerica. Con cada edición va ganando visitantes y notoriedad. Es una cita obligada para cualquier amante de los libros, ya sean coleccionistas o no. Un visitante frecuente, se los recomienda.

Todos somos coleccionistas

No hay persona que no atesore ciertos objetos, que no sienta alguna suerte de fetichismo con su posesión. Lapiceras, boletos capicúas, encendedores y un larguísimo etcétera, ya que cualquier objeto que pueda ser adquirido es susceptible de ser receptor de alguna clase de simbología personal y particular. Con los libros resulta aún más fácil. Ya sea que se trate de colecciones extremadamente personales y bizarras, como la de la abogada peruana que colecciona ediciones piratas, o la biblioteca blanca o aquella de autores ficticios, todas descriptas por **Eduardo Halfon** en **Biblioteca Bizarra** (editada en 2020 por ediciones Godot), o que sea de libros firmados o de primeras ediciones, el lector asiduo tiene una relación con sus libros que es difícil de describir.

Tal vez los que coleccionan libros antiguos o raros (quien les escribe pertenece a este grupo), sienten una veneración un poco más particular. Para estos, no se trata de la cantidad o del mero paso del tiempo. Hay una búsqueda de una belleza inmaterial, simbólica, que hace que se contemplen esos objetos con mirada embelesada. Pero, como ya vimos, no es una cuestión monetaria. El amor es algo que no tiene precio. ■



Los buscados por los bibliófilos argentinos.

Delfi, nuestra librería de cabecera, nos trae recomendaciones de diarios de escritores

CUANDO EL CANDADO SE ROMPE

Por Delfina Migueltorena
@cronicasdesal

Un candado de mala calidad que prometía mantener mis confesiones a salvo bastaron para que confiara todos mis secretos.

La mayoría de los diarios íntimos tenían que empezar con «Querido diario», conocía la regla, pero yo nunca me dirigía así. La palabra diario no me evocaba nada, un objeto inanimado. Yo me dirigía a Kitty, la famosa gata blanca producida por la marca Sanrio. Mi versión de Kitty era distinta a todas las Kitty que había conocido, tenía una guitarra y una corbata cuadrillé que le daba un aspecto punk. Me divertía intervenir la tapa con lápices y marcadores. Sentía que cuanto más personal era mi Kitty, más garantías tenía en su discreción.

Dejé de escribir diarios íntimos cuando terminé el primario y, aunque alguna que otra vez, el deseo de resucitar a Kitty apareció, no volví a fiarme.

Sin embargo, nunca dejé de leer diarios. Hoy les traigo dos de mis favoritos:

Diarios amorosos: Incesto (1932-1934) / Fuego (1934-1937), Anaïs Nin

«Siempre creí que era la artista que llevo dentro la que hechizaba. Creía que era mi casa esotérica, los colores, las luces, mis vestidos, mi trabajo. Siempre estuve dentro de la concha de la gran artista que trabaja temerosa e inconsciente de mi poder».

Si hay algo que vuelve atractiva a Anaïs Nin es su apetito, un apetito que está relacionado con la búsqueda de plenitud. «*Más allá del hambre, está el superhambre*», así es como bautiza la gula excesiva Amélie Nothomb en *Biografía del hambre*, haciendo un guiño al concepto de *Übermensch* de Nietzsche.

En estos diarios Anaïs Nin le rinde culto a esa voracidad: se vacía para que el deseo la colme, la transforme. Deshace el laberinto de paredes blancas y uniformes que la articulan hasta convertirlo en diminutos granos de arena. Sin sus huesos, Anaïs Nin hace de su cuerpo una isla desierta. Una vez que su anatomía asume su nueva naturaleza, despierta al deseo para que recorra cada fibra de su cuerpo, para que la habite por completo.

Pero Anaïs Nin no es inocente, sabe que su pequeño



cuerpo —incluso vacío— no es suficiente para conservar la lava. Sabe que no puede confiar en esa fina capa de piel que promete mantener una lujuria ilimitada en su interior. En ese instante de insatisfacción donde se delinea su identidad y nos confiesa que nada la puede completar porque todo le resulta demasiado tentador. «*Tengo que alimentarme de mí misma* —nos dice— *soy la única que al menos por un instante,*

logra saciarme(...) Estoy en plena rebelión contra mi propia mente».

Diarios completos, Sylvia Plath

«*Conmigo, el presente es eterno, y la eternidad siempre está cambiando, fluyendo, derritiéndose. Este segundo es vida. Y cuando se termina, muere. Pero no podés empezar de nuevo a cada segundo. Tenés que juzgar de acuerdo a lo que ya murió. Es como la arena movediza...sin esperanzas, desde el comienzo. Una historia, una foto, pueden renovar las sensaciones un poco, pero no lo suficiente, no lo suficiente. Nada es real excepto el presente, y ya siento el peso de los siglos asfixiándome. Una chica vivió como hoy vivo yo, hace cien años. Y está muerta. Yo soy el presente, pero ya sé que yo, también, pasaré. El momento culmine, el ardiente destello de luz, vienen y se van, una arena movediza continua. Y yo no quiero morir*»

Me regalaron sus diarios cuando cumplí dieciocho. Si bien llegué varias veces a la última página, de algún modo no los terminé. Hay algo que me devuelve siempre a las primeras hojas. ¿Será que los diarios como los buenos poemarios nunca se terminan realmente? Con los diarios de Plath, me pasa algo parecido a lo que me sucede con los diarios de Pizarnik, siempre queda algo por atrapar, algo que me invita a retroceder. Leyéndolas uno asiste a una ceremonia caníbal del lenguaje, ambas encuentran la manera de nombrarlo. Sylvia Plath escribe con una honestidad que, de a ratos, puede ser apabullante pero siempre resulta conmovedora. Pienso en sus diarios como la búsqueda desesperada por su identidad, por coordenadas que le confirmen que está, que la persona que escribe esas palabras, todavía vive. ■

Junto a Lucía Osorio, directora de cine,
inauguramos una nueva sección en la que
confluyen cine y literatura

HERMIA Y HELENA

Por Lucía Osorio

@bibliotacora

En una adaptación cinematográfica el texto original puede aparecer de muchas maneras. El más común - y menos interesante - es el uso del libro como raíz primordial del argumento. En otros casos, con mayor o menor éxito, los cineastas intentan encontrar recursos del lenguaje audiovisual que puedan hermanarse con los recursos literarios. En *Hermia y Helena*, de

Matías Piñeiro (2016), el texto original aparece en todas sus formas: como referente de las peripecias de sus personajes, como motor de búsqueda estilística en sus diálogos y cuestionamientos filosóficos y, por supuesto, como objeto. El texto es filmado en las páginas de los libros, y en reiteradas veces también se superimprime en el plano. El texto baila sobre la imagen.

Sueño de una noche de verano (1545) está organizado en tres líneas argumentales que convergen en una serie de enredos amorosos entre los personajes (Hermia y Helena son dos de las protagonistas), además de la intrusión de personajes fantásticos y ritos mágicos que alteran el curso de los acontecimientos, dando como resultado una de las comedias más famosas de William Shakespeare.

¿Qué puede venir a aportar una película argentina del siglo XXI a este clásico de la literatura inglesa? Nada. O más bien, todo.

Es justamente la irreverencia de Matías Piñeiro, que elige como inspiración una obra de semejante tamaño, la que hace de su película una obra

brillante, poseedora del desenfado y la frescura que bien supo plasmar el autor inglés en 1545.

En *Hermia y Helena* la protagonista es Camila, una joven directora de teatro. Su historia comienza cuando viaja de Buenos Aires a New York gracias a una beca artística que le permite trabajar en su nuevo proyecto: la traducción al español de *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. Al poco

tiempo de su llegada, Camila se da cuenta de que todo lo que dejó atrás en Argentina aparece una y otra vez de distintas formas, y no tiene más remedio que enfrentar esos fantasmas inesperados.

Piñeiro dialoga con Shakespeare, no sólo porque su protagonista se ve involucrada en situaciones de enredo y confusión, ni porque la traducción de la obra esté representada como tema, ni por utilización de diálogos casi textuales. Piñeiro dialoga con *Sueño de una noche de verano* cuando comunica dos espacios narrativos. En el libro original, la duplicidad de los espacios estaba dada por el universo de

los humanos y por el de los seres míticos en una constante puja por traspasar los límites posibles de la convivencia. En la película esos dos espacios son Buenos Aires y New York. Distantes y contemporáneas. Camila vive en Manhattan, pero piensa en Buenos Aires, y la organización del relato se maneja con la misma libertad. Va y viene. Vuelve y se va, otra vez.

Esta vez, la película no adapta el texto. Lo saca a bailar. ■



Walter Romero nos trae a un escritor francés que
no te vas a querer perder.

ALFRED JARRY

PATAFÍSICO Y URANISTA

Jarry/Ubú

«Ninguna parte está en todas partes», dijo el escritor francés **Alfred Jarry** nacido en Laval en 1873.

Jarry es el creador del personaje de Ubú, ese extraordinario personaje-fetichista cuya ambigüedad jamás podrá ser estabilizada: mezcla rara de «ferocidad burguesa» y de «repugnancia a la hipocresía».

Sin embargo es fama que en el principio —o en la protohistoria del conjunto de obras que tiene como protagonista a Ubú— el personaje surgió de una estudiantina que los hermanos Morin escribieron para burlarse de Monsieur Hébert, su profesor de física.

Cuando Jarry se les unió —y entró al «culto de Hébert»— rebautizó la obra como **Les Polonais** (Polonia es siempre Ninguna parte) y transformó el apodo Ebé, del malogrado docente, en el rotundo y anfractuoso Ubú. Este «ícono» surgió de la prueba y error de un títere hecho con restos de una sábana y mucho cartón: «carnadura» grotesca (y siniestra) que supo —en su desorden y efectiva precariedad— simbolizar una figura que anunció el siglo XX mucho antes de que aparecieran el coleóptero kafkiano y otros artrópodos surrealistas.

Ubú —acaso como también Jarry, su «creador»— nunca es uno. Parece tener colmillos, nariz puntiaguda, faz porcina, una afamada espiral tatuada en la panza y un caparazón de cartapesta. Además transporta su conciencia en una maleta y está esposado —en matrimonio «desigualitario» de desfachatez y locura— con Madre Ubú, que lo incita a los mil «trastocamientos» y lo trata de «blandengue» y «poco hombre».

Ubú —que es innoble no sólo de la cintura para abajo— luego de defenestrar a sus enemigos (reyes, financistas, oficiales y otros seres nefastos) se



dedica—con disloque anarco— a poner en ejecución sus “debilidades” y acaso nuestras crueles y delirantes contradicciones.

De múltiples y disparatadas refutaciones de lo razón y de la realidad está hecho no sólo Ubú sino también la patafísica, suerte de ciencia de «las soluciones imaginarias» que Jarry inventó para estudiar, en grado sumo, extravagancias y particularidades que hoy designan en parte el delirio de nuestra más delirante contemporaneidad.

Jarry/Fargue

Cuando la familia de Alfred se muda de Rennes a París, Jarry ingresa en el liceo Henry IV. Allí conoce al poeta León-Paul Fargue con quien vive una pasión de «*hermanos demasiado gemelos*» encendida acaso por la atracción que le despertó a Jarry la labia de Fargue y su memorable figura. Fargue lo introdujo en el mundo del arte y Alfred se fascinó con la abstracción de formas que confirmaría sus propias intuiciones: el arte debía reducir los objetos a sus trazos esenciales.

La creación —de su postulada «*máquina de descerebrar*» que tanto deleitó a Artaud y a Deleuze— no vendría a ser otra cosa que el borramiento tenaz de los detalles para que no quede ninguna otra cosa que una «certera silueta»: Ubú afirma y contradice, en patafísica intrepidez, la ejecución de ese «método»: si se mira reconcentradamente una espiral, ésta empieza a girar.

Fargue declaró años después que con Alfred exploró «*la inmensa variedad del vivir*», pero que ese muchacho «*afectuoso y sentimental, que hablaba rápido, con una voz alegre y clara, nada tenía aún de esa sequedad fabricada, de ese*



acento ubuesco, de esas actitudes que él elegiría más tarde para el resto de su vida».

Como siempre, la categoría de homosexual reduce solo a un trazo la filigrana rica y sinuosa de una vida. Fue Oscar Wilde quien declaró que Jarry —que gustaba de juegos travestis con su amiga Rachilde, la única mujer en conseguir «permiso» para ejercer el transformismo callejero— era un «modelo» de uranista, término que en la época designaba —con higienismo— a la psique femenina «encerrada» en un cuerpo de varón.

Cuando los padres de Fargue se dieron cuenta que el *affaire* de su León-Paul con Jarry podría terminar como el sonado caso Rimbaud/Verlaine mandaron de viaje a su hijo. Jarry quedó solo y un poco trastornado: un fervor locomotivo le hizo creer que su bicicleta Clément Luxe —de erotómanas manivelas desmontables y pneumatiques Dunlop— era una suerte de «esqueleto externo» y que el

revólver con que solía «acompañarse» era una extensión dignísima de sus pulsiones.

Jarry nunca reveló los motivos de la ruptura con Fargue, pero ficcionalizó el amorío en *Harldernablou* (1892) y en *Los días y las noches* (1897).

Muy cerca de cumplir los treinta —unos pocos años antes de morir en plena juventud— Jarry, ya enfermo y afectado, consideró oportuno dejar reposar el «ornato» de sus inclinaciones primeras. Sin embargo, nos legó en su «novela moderna» la figura de un hombre nuevo que se multiplica con fuerza sobrehumana en fatal utopía: *El Supermacho* (1902).

«No habremos logrado derribar todo a menos que también demolamos las ruinas», dijo el escritor francés Alfred Jarry, muerto en París en 1907. ■

(Buenos Aires - Argentina) Doctor en Letras (UBA). Poeta, traductor y profesor universitario. Desde 1997 integra la cátedra de Literatura Francesa de la UBA. Investigador de la Universidad Nacional de La Plata y de la Universidad de Valencia. Profesor titular del Colegio Nacional de Buenos Aires. Director del Instituto de Investigaciones en Humanidades (IIH) "Dr. Gerardo H. Pagés". Ha sido becario de los gobiernos de Canadá (2012) y de Francia (2010), de la Fundación Carolina (2003), de la Rotary Foundation (1995) y de la Unione Latina (1992). Prologó y/o tradujo, entre otros, a Racine, Sade, Maupassant, Apollinaire, Schwob, Vian, Bonnefoy, Kristeva, Rancière, Bon y Copi. En poesía ha publicado *Estriado* y *El niño en el espejo*. Parte de su obra ensayística está compilada en *Escrituras del Otro en autores de la literatura francesa* (comp.) y en su *Panorama de la literatura francesa contemporánea*. Sus estudios sobre traductología se incluyen en *Traducir Poesía* (dos tomos). Su último libro es *La poética teatral de Alain Badiou. De Ranas de Aristófanes a Citrouilles* (Leviatán, 2018/declarado de Interés Cultural por la Legislatura porteña GCBA), primer estudio en español sobre la teoría teatral del filósofo y dramaturgo francés. Colaborador habitual del *Suplemento Soy* del Diario Página/12, pionero en temas de LGTBQ+. Ha publicado más de cincuenta artículos sobre literatura francesa y francófona. Preside la Asociación Argentina de Profesores de Literatura Francesa y Francófona (AALFF) y uno de los referentes en su especialidad en el ámbito de América Latina. Seguilo en [@wallyrom](#)

poesía

Por
Fernando Sánchez Sorondo

Ayer, Domingo, Lluvia

la lluvia
horrible
y triste
diluvio
universal
con vos
en cambio
alquimia
apenas
un dato
meteorológico
ajeno
lejano
de los otros
una noticia
ambigua
remota
a espaldas
de tu
impermeable
cercanía
luminosa
radiante

donde no sólo
“la oscuridad
es otro sol”
también
la lluvia
ayer
domingo
la familia
en álbum
reconstruida
en hijo
de nuevo
hermano
huérfano
en memoria
de los que
vuelven
resucitados
vivos y muertos
nosotros
en ellos
resucitados



**cómo no amar
sus manos creyentes
tocando a la oración
de sus ojos
al ángelus de su voz
al gloria de su mirada
consagrándolo todo
ella es la multiplicación
del contento
la fe que salva
la anunciación
hecha a los días
el oficio bendito
su nombre
indulgente y plenario
sanador
tántrico
el cielo prometido
la paz sea con nosotros
y con su santo espíritu**

Cómo no amar

Ella cumple

**Ella
cumple
años
grandes
ojos faros
auras
mil caminos
abiertos
sanghas
compasivas
bocas de luz
besos
comisuras
de alegría
cumple
efemérides
cósmicas
feriados
de la pena
portales
vórtices
del contento
ella cumple
para que
se cumplan
las escrituras
los vaticinios
certeros en
maravillas
ricos en poesía
pródigos
en ternura
vísperas
atisbos
sospechas
divinas
ráfagas
de Dios
rosas
de María
jazmines
inmediatos
bordes
de una nueva
tierra
anunciaciones**

hablo de vos
Inés
en una mala traducción
de tus ojos
en una pobre
acepción
desdibujada
de un milagro
cotidiano
atónito
incesante
soy el catalán
de tu nombre
la versión infiel
del texto sálmico
el mantra
divino
original
la copia burda
de una
edición príncipe
del sonido
primordial
acásico
que hizo en vos
maravillas
la nota pordiosera
al pie
de una página
gloriosa

Hablo de Vos

qué mejor prueba
de Su existencia
que la India y el sol
y una mujer
a la vuelta
que es siempre
es todo
es ella
el millaje
de su risa
la visa
de sus ojos
el chekin
del misterio
y es viajar
de nuevo
y volver
nuevos
reír
sentir
vivir
volar
en primera
sin escalas
a Dios
al amor
monoteísta
de vos

Qué mejor prueba

(**Buenos Aires, Argentina**). Nació en 1943. A los 20 años publicó el libro cuentos **Por orden de azar**, con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura, convirtiéndose en el escritor argentino más joven en ganar este certamen. Trabajó como creativo publicitario, periodista y crítico literario, colaborando en los suplementos de *La Nación*, *La Gaceta de Tucumán* y otros medios nacionales y extranjeros. Coordina, además, diversos talleres de escritura. Su obra fue incluida en numerosas antologías y traducida al portugués por Santiago Kovadloff y al inglés por Norman di Giovanni. En el 2006, su cuento **Las hermanas de Javier Wiconda** fue adaptado al teatro en forma de comedia musical por el Ensemble Studio Theater de New York. Además de sus poemarios, publicó el libro de relatos **El corte** y las novelas **Piedra libre para Flavia**, **Jardín de invierno**, **Risas y aplausos**, **Amapolla**; y el testimonio **Sai Baba, un cable al cielo**, donde refleja su búsqueda espiritual en India, país al que ha viajado a lo largo de veinte años. Su última obra es el poemario **Poemas de antología (1974-2017)**, que recorre la larga trayectoria del autor.

Podés seguirlo en @fer_sanchezsorondo

Lydia Davis y yo, un viernes de junio de 2015

Por Ana Catania

Ilustra José Brasesco

La escritora argentina reflexiona y comparte un relato donde la literatura, lo biográfico y la ficción desdibujan sus límites para que nos adentremos en la narración.

E

Esta mañana fui a sacarme los puntos de la cirugía de mi muela de juicio. Debería dejar de llamarla cirugía. Al fin y al cabo no hubo corte, no hubo bisturí. La muela estaba afuera. Cariada, destruida, pero afuera. Sin embargo, hablar de cirugía lo hace parecer más delicado. Brutal. Tampoco fueron puntos; terminó siendo uno solo. Horas después, le diré a mi marido, cuando me pregunte cómo estoy, cómo salió todo, que resulta más incómodo sacarse los pelitos del entrecejo con la pinza de depilar.

Cuando me despidió, el cirujano, lo hizo con un beso y una mano apoyada en mi otra mejilla: un gesto que suelen tener algunos hombres y que me resulta tremendamente irresistible. Estoy segura de que mi marido me besó de la misma forma la noche que nos conocimos, o tal vez se trate de la clase de engaño que ocurre cuando la memoria y la esperanza chocan. El cirujano -a quien vi por primera vez hace dos semanas, momento en el que se convirtió en mi Premio Nobel de Medicina, y de la Paz-, me dijo: que tengas un buen día, preciosa. En otro contexto, en otra circunstancia, esta sutil prepotencia me habría molestado. Pero no hoy, no con él, que hace dos semanas ejerció su oficio en mí de forma precisa y encantadora. Casi como un piloto que debe aterrizar su avión en una situación de emergencia, un tipo de aterrizaje forzoso, y logra desplegar su arte con elegancia y maestría. Hace su trabajo como sólo él sabe hacerlo.

*

Entré al Cúspide de la esquina del consultorio sabiendo qué pedir. Rara vez me sucede esto de meterme en una librería con una decisión tomada, pero esta vez fue una excepción. Horas antes había visto, en el perfil de Facebook de uno de mis contactos, la foto de una página de un libro de Lydia Davis. Recordé que Lydia Davis era una escritora que tenía pendiente hacía años, y ahora la captura

de ese microrrelato me convocaba de modo tenaz e íntimo. Era como si la cadencia, las palabras, me hubiesen sido destinadas. Sabía una sola cosa de Lydia Davis: estuvo casada con Paul Auster. Nunca leí a Paul Auster. No me avergüenza decirlo; tampoco me preocupa demasiado. Intuí, entonces, que iría a sucederme lo mismo que con otras escritoras esposas o ex esposas o amantes o discípulas de escritores hombres: se los terminan devorando. Y con ella, con Lydia Davis, no iba a ser distinto.

A Lydia Davis la conocía por una foto. Conocía su pelo finito, de bebé; su corte al mentón, perfectamente encastrado; las raíces canosas y las puntas castañas, con destellos rojizos. Conocía sus arrugas del entrecejo y las de las comisuras de los labios -que son las marcas que más me gustan-, la mueca de una media sonrisa, melancólica y vaga. Había visto sus ojos hundidos detrás de unos lentes cuadrados, con marco oscuro: ojos de un azul imposible, que combinaban con un *sweater* de cuello bote. Lydia Davis me recuerda a la madre de un compañero del secundario, que también es escritora, traductora y profesora. Y que también se llama Lidia, pero con i latina. Lidia, la madre de mi compañero del secundario, fue quien me hizo leer, en un taller de literatura anglosajona, a Toni Morrison, a Amy Tan, a Alice Munro. Fue, también, la primera feminista que conocí, si por feminista se entiende, a los ojos de una chica de quince años, una mujer que trabaja de lo que le gusta, que tiene la cabeza amplia como un mapamundi, que usa túnicas largas o blusas con estampados, y que nunca, pero nunca, lleva tacos. Y sin embargo, cada vez que iba a su casa, no dejaba de preguntarme qué hacía esa mujer viviendo con aquel hombre.

En la foto de Internet, Lydia Davis sostiene un gato joven, atigrado. Las pupilas dilatadas, la mirada en fuga, más allá del cuadro: el animal está y no está ahí. Parece que todo escritor necesita mostrarse con su gato en brazos, como si fuese un amuleto, o una muralla. O tal vez con el gato merodeando entre sus piernas, mientras escribe con lápiz o a máquina. Me desilusiona saber que si mi intención es convertirme, algún día, en una escritora publicada, mi gato jamás consentiría posar para esa foto.

A los pocos minutos de lectura, reclinada contra la ochava de un edificio *art nouveau*, ya estaba

prendida. Fue una sensación similar a la que tuve, un año atrás, con Lorrie Moore: también norteamericana; también punzante, ingeniosa, implacable. En la librería me habían dicho que quedaba un solo ejemplar de *Ni puedo ni quiero*, el libro de relatos de Lydia Davis. Un libro que era mío desde antes de tenerlo.

*

En el restorán de Callao y Santa Fe voy de las páginas del libro a la porción de tarta y bocaditos de ensalada. Por momentos lo dejo descansar entre mis manos— acaso un amante, o una joya delicada—, y miro hacia arriba, perdida en alguna idea que acaba de entrar, como un rumor, por mis oídos. Sé que debería ser más disciplinada con la escritura. Debería volver a escribir algo cada día: una carilla; o veinte, diez, tres líneas. Alternar los cuentos largos, en los que avanzo lentísimo, con escritos diarios. Un ejercicio, una gimnasia, que recomiendo a mis alumnos de taller y que yo evito desvergonzadamente.

Es que mis batallas con la escritura han ido ganando terreno. Me esfuerzo por cuajar dentro de una trama, de una historia. Y lo cierto es que raramente me atraen las historias; de hecho, cada vez me interesan menos. Al igual que a Lydia Davis, me resultan arbitrarias, caprichosas. Lo único que me lleva de los pelos es una voz, un fraseo, una combinación de palabras. Lo que en el fondo me interesa es abordar lo indecible, lo innombrable, el misterio. Quisiera ser capaz de pescar la entrelínea, de contar los silencios. Bailar, sin ninguna certeza o dirección, la música de los espacios en blanco.

*

A medida que avanzo con la lectura, descubro otra cosa en común con Lydia Davis. En un cuento sobre comer pescado afuera, Lydia Davis dice que, para que pase algo de tiempo antes de comer otro bocado, o tomar un sorbo de su copa de vino, trata de leer; pero no puede. No logra entender lo que dice la página porque lee muy poco por vez. A mí me sucede lo mismo: comer se vuelve más urgente. Apoyo su libro a un costado para llevarme porciones de tarta y de ensalada a la boca, en sintonía con la mujer de al lado, que pidió el mismo menú. No dejo de pensar, como hace Lydia Davis con respecto a su pez espada, que debería comer más despacio o el plato se acabará





demasiado pronto: algo que me causa una enorme tristeza.

Estoy tentada de pegar un grito de alegría cuando descubro otro ejemplo fortuito, otro ejemplo inesperado, de coincidencias entre Lydia Davis y yo. Porque quizás, querida nueva amiga Lydia, no seamos tan distintas. Leo su relato sobre Gustave Flaubert y una terrible experiencia en el dentista. Antes de que me sacaran la muela de juicio había pensado en cómo harían, siglos o décadas atrás, para pasar por este trauma, por este dolor. Sin drogas o anestesia, el dentista arranca el diente de un Flaubert acobardado; un Flaubert que, horas antes, en el camino, cruzó el mercado de Rouen, y después una plaza donde, de niño, volviendo una vez de la escuela, había visto una ejecución. La guillotina estaba ahí: lista para caer sobre la cabeza de un mártir. Entonces Flaubert piensa en cómo, años atrás, aquellas personas condenadas a muerte solían entrar a la plaza aterradas por lo que estaba por sucederles. Al igual que él, en ese mismo momento. Sólo que para ellos era muchísimo peor.

Mi madre me dijo, semanas antes de la cirugía (insisto en llamarla así, sobre todo a efectos de este relato), que pensara en los hombres y mujeres que tuvieron que pasar por semejantes torturas. Poné las cosas en perspectiva, insistió. Y sin embargo, yo estaba demasiado ocupada en mi boca, en mi muela rota. En la idea de dolor en mi propio cuerpo. Es lo mismo que me sucede con la escritura: escribir se vuelve una urgencia egoísta, privada. ¿Qué necesidad, qué valentía, puede haber, entonces, en rescatar a una persona de una casa en llamas, en darle de comer a una criatura, en curar un cuerpo enfermo, en atender una plegaria? La escritura es un lugar raro, humilde y accesorio; un lugar innecesario, acaso inhabitable, del que, aunque lo intente, aunque me convenza de lo contrario, no voy a salir jamás.

*

Suena Feist en el *Starbucks* de Coronel Díaz; una canción que me encanta y que se llama *Mi luna, mi hombre*. Qué cosa más sencilla y perfecta. Sigue la sincronicidad de viernes; la alineación de planetas para generar algo bello y placentero. Pienso con cuán poco soy feliz a veces. Con este *caffè latte*, por ejemplo. Con la música. Con el libro que espera pacientemente dentro de la cartera. Todas estas cosas deberían decir algo de mí.

Voy cargando varias bolsas a la vez. Decido poner las dos más chicas dentro de la más grande para no ir molestando a la gente a mi paso. Mi marido suele llamarme la atención con esta manía de cargar bolsas de más; con esta insistencia en la torpeza, en la incomodidad. Lo que no sabe es que a menudo tengo la fantasía de que abandono el mundo, o me mudo un

noche, intempestivamente, después de guardar la mayor cantidad de cosas posibles, no en bolsos, no en una valija con rueditas, sino en bolsas. Atravieso la puerta de casa con mis pertenencias dentro de bolsas de diferentes colores, texturas, tamaños. Me da la sensación de que cargo con diferentes pesos distribuidos, un poco caprichosamente, en distintos recipientes: a cada cosa le toca un lugar, su espacio. Así salgo de casa, aferrándome a mis pesadas bolsas, tres en cada mano, calculo, no más; las bolsas golpeándose entre ellas, chocando como látigos contra mis piernas.

Cierro los ojos, apenas, un par de segundos. Debe verse como si disfrutara de la música del *Starbucks* de un modo concentrado e íntimo. Vuelvo a pensar en Lydia Davis y en esta reciente convicción de escribir algo todos los días, a modo de ejercicio obligatorio, con la extensión que le corresponda, sin mínimos ni máximos. Empiezo, entonces, a escribir, veloz en mi cabeza, como cuando era chica, y me atraía la idea de pensar y escribir al mismo tiempo: un tecleo incesante, errático. Qué diferente es la historia cuando estoy sentada frente a la pantalla en blanco. Qué distinto es cuando escribo con la intención de avanzar hacia algo, de dar cuenta de este nudo de ruidos y manchas y voces. Cuando salgo en busca de la palabra, del fraseo perfecto: una utopía, un imposible, un inalcanzable. Y sin embargo, tengo la esperanza de que algún día esa palabra va a llegar. Va a llegar, y va a ser, parafraseando a Jack Kerouac, simple y preciosa.

*

En la tapa del libro, Lydia Davis cuenta que le negaron un premio literario porque dijeron que era una escritora perezosa. A mí me gustaría poder hablar con ella, tranquilizarla, confesarle: no te preocupes, somos dos, querida nueva amiga Lydia. En su caso, lo que querían decir con perezosa era que usaba muchas contracciones: una estupenda pornografía sintáctica que tiene el idioma inglés. Es decir, no escribía las palabras enteras *cannot* y *will not*, sino que en su lugar las contraía a *can't* y *won't*. Ni puedo ni quiero. Y entonces pienso, mientras me subo al colectivo con destino al bajo, con el atardecer cayendo a mis espaldas, un cielo rosa surcado por anchas bandas moradas: ojalá yo tuviera ese mismo problema, querida nueva amiga Lydia. Ojalá. ■



(Buenos Aires - Argentina). Nació en 1980, en Capital Federal, y se crió en el sur del Gran Buenos Aires. Estudió Filosofía y trabaja en Educación desde hace veinte años. Completó la formación en Escritura Narrativa en Casa de Letras, y desde 2013 realiza tutoría de obra con José María Brindisi. Coordina talleres de lectura y escritura desde 2014. Colaboró para distintos medios gráficos y digitales como *Conga*, *Encerrados Afuera*, *Style BA* (Time Out), *Bla* (Uruguay), *Sede*, *Con-versiones*, *Escritores del Mundo*. Entre 2014 y 2017 fue editora de la revista *Olfa*, de distribución gratuita y versión digital. Publicó el libro de cuentos ***Nada dentro salvo el vacío*** (Añozluz editora, 2019).

Podés seguirla en [@galactiva1980](#)

José Brasesco (Rosario, Argentina, 1982). Arquitecto y docente de la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño, Universidad Nacional de Rosario. Realizó distintos trabajos de voluntariado en el país y en África. En 2017 descubrió en la fotografía una actividad con la que entraba en resonancia y la vía para canalizar una mirada que nace desde lo intangible. En 2019 comenzó una especialización intensiva y a trabajar como fotógrafo profesional siendo distinguido en diferentes certámenes.

Podés ver más de su obra en [@josebrasesco](#)



LIBRERÍA ANTICUARIA

 @libreriahelenadebuenosaires



Este mes elegimos la obra **Cantar la milpa** (2020), técnica mixta sobre papel (50 x 70), de Fernando Ramírez González. Podés ver su obra haciendo click en [@srbujobrujo](https://www.instagram.com/srbujobrujo)



(Edo. Méx. 1985). Cursó el Posgrado en Artes Visuales con orientación en gráfica en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. Su obra se sitúa en el terreno de la nueva figuración relacionada con los artistas mexicanos José Luis Cuevas, Javier Arévalo y Rubén Maya, y artistas extranjeros como el alemán Penck o los italianos Mimo Paladino y Francesco Clemente. Ha incursionado en diversas disciplinas como poesía, fotografía y video arte. Fue merecedor del primer lugar en el concurso **Visiones del arte** convocado por el Museo Universitario de Arte Contemporáneo MUAC, con la propuesta de video arte **Doble silencio** (2014), así como el primer lugar en el concurso **De la pluma a la lente** convocado por la Agencia Cuartoscuro (2012). Es fundador del **Taller de Producción Artística Comején** en la Mixteca Oaxaqueña donde vive y trabaja.

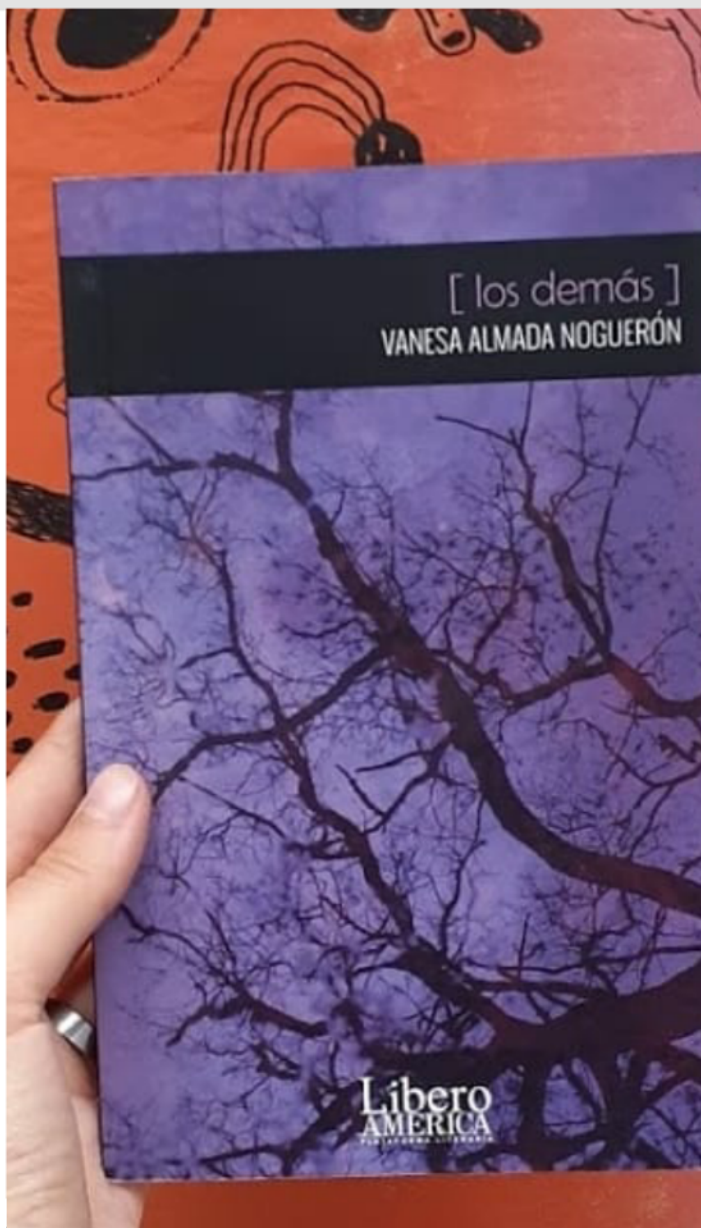
Si querés ser quien ilustre nuestra próxima portada, escribinos a ulrica.revista@gmail.com

CAMINAR TODO EL PASEO SIN PISAR RAYA
PERPETUARSE EN UN RECUERDO
(POR DEFECTO DEMASIADO ANTERIOR A ESTE)
ASIRSE DE FRAGMENTOS
ACOMODARSE EN LA FILA
ESPERAR
— CON RIGUROSA Y HASTA RIDÍCULA IMPACIENCIA —
LA MEDALLA O LA CONDENA.

**LES PRESENTAMOS
EL LIBRO
DE UNA AUTORA
CONTEMPORÁNEA
QUE GENERA
SENSACIÓN ENTRE
LOS AMANTES
DE LA POESÍA**

CONSEGUÍ "LOS DEMÁS"
A SOLO \$490 EN LIBRERÍAS
DE CABA

DISTRIBUYE WALDHUTER



EDITA LIBEROAMÉRICA
IG: @LIBEROAMERICA.AR